

2594

ANTONIO SOTILLO y JUAN B. PONT

La Corte de Transmania

ZARZUELA EN UN ACTO

CON MÚSICA DEL MAESTRO

SANTIAGO LOPE



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Húñez de Balboa, 12

1905

+

A mi ya antiguo y querido amigo
D. Manuel Franco, en prueba de
verdadera estimación personal, se ofe-
re

Juan W. Cort

LA CORTE DE TRANSMANIA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

La Corte de Transmania

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA Y VERSO,
ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO
DE UNA COMEDIA CLÁSICA EXTRANJERA

POR

Antonio Sotillo y Juan B. Pont

MÚSICA DEL MAESTRO

SANTIAGO LOPE

Estrenada en el TEATRO RUZAFÁ, con éxito
extraordinario, el 8 de Abril de 1905



VALENCIA

Imp. de José Guix, Miñana, 7 y 9

· · · · · Teléfono número 11

—
1905

RECEIVED OF THE

THE

THE

Al popular actor

Antonio González

sus reconocidos amigos

Juan B. Pont

Antonio Lotillo

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

EL PRINCIPE ALBERTO DE TRANS-	
MANIA.....	SRA. CHAFER.
LA DUQUESA DE VALAIS.....	SRTA. PERIS.
NATALIA.....	VIÑÉ.
UNA DAMA.....	LÓPEZ.
EL GRAN DUQUE.....	SR. TOMÁS.
EL CONDE DE NUBERY.....	TALAVERA.
CARLOS DE FLORIN.....	GONZÁLEZ.
EL MARQUÉS DE SALVAK.....	HIDALGO.
FORTEN.....	LORENTE.
CORTESANO 1.º.....	MARÍN.
IDEM 2.º.....	RUIZ.
UN PAJE.....	REVERTER.
UN CRIADO.....	MARTÍNEZ.

DAMAS, CORTESANOS, GUARDIA DUCAL, ETC.

La acción en Transmania, principado imaginario de la Europa central.—Epoca, primer Imperio.

Derecha é izquierda, las del actor.



La Corte de Transmania

CUADRO PRIMERO

Antecámara del Palacio del Gran Duque.—Puerta al foro practicable, cerrada por dos grandes cortinones.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

(Atraviesa la escena, á los arcos de la marcha que la orquesta ejecuta, la comitiva del Gran Duque, que entra primera derecha y sale foro. Queda un guardia con alabarda junto á la primera derecha y otro junto á la primera izquierda. En la escena damas y cortesanos.)

ESCENA II

Música

CORO.

A nadie ha saludado.
Parece disgustado.
Eso mismo he creído
yo también.
A mi me ha parecido
con cara de aburrido.
Será que el casamiento
no va bien.

UNOS.

OTROS.

¡Quién sabe qué será!
Lo de la boda es,
porque es el solo asunto que en
[Transmania
despierta hoy interés.

DAMAS. Sabido es que el Gran Duque,
de más poder ganoso,
con ansia pretendía
al príncipe casar.
Buscaba una princesa
de un reino poderoso,
pero él no presumía
que dos pudiese hallar.
Dos son las que pretenden
al Príncipe heredero,
y en lucha emocionante
del triunfo van en pos,
y el Duque está rabiando,
pues dicen que quisiera,
á fuer de hombre galante,
casarle con las dos.
CORT. 1.º Quizá el Duque lo hiciera
si así pudiera ser.
CORT. 2.º Quizá el Príncipe fuera
del mismo parecer.
DAMAS. Pero, señor, no puede ser.

—
Lo que yo sé de cierto
es que el Principe Alberto
miraba el otro día,
no sé si con amor,
dos retratos preciosos
con marcos primorosos,
orlados de brillantes
de sin igual valor.

CORTESANOS ¿Los visteis vos?
DAMAS. ¡Y o no los ví!
CORTESANOS ¿Y lo creéis?
DAMAS. ¡Claro que sí!

—
TODOS. El caso es
que hoy llegarán
los enviados de las dos,
y que la lucha entablarán...

UN CRIADO. (Anunciando) ¡El señor Conde de Nubery,
enviado de Hungría!

TODOS. ¡Ya llegó uno!
¡Silencio!
¡Chitón!

ESCENA III

SEÑORES y DAMAS de la corte formando grupos.—CORTE-
SANOS 1.º y 2.º.—EL CONDE DE NUBERY y NATALIA, que
entran primera derecha.

Hablado

- CONDE. (A Natalia, al entrar) Hija mía, ten muy pre-
sentes todos mis consejos... ¡En la Corte,
callar, callar y callar! Cuando te pregun-
ten algo, aunque te parezca una tontería,
no digas nunca lo primero que se te ocu-
rra, que será probablemente la verdad.
(Atraviesa hablando la escena, hasta colocarse fren-
te á la primera izquierda.)
- CORT. 1.º ¡Señor Conde! (Se saludan) ¡Bien venido!
- CONDE. ¡Caballero! (Saludando al Cortesano 2.º que se
habrá acercado con el 1.º) Tengo la satisfac-
ción de presentaros á mi sobrinita Nata-
lia, que por primera vez visita la corte
ilustre del Gran Duque.
(Natalia saluda ceremoniosamente, separándose po-
co después del grupo.)
- CORT. 1.º ¡Oh! Ya adivinamos el objeto de vuestro
viaje
- CONDE. ¿El objeto de mi..? ¡Ah, sí! ¡Un negocio
sin importancia! ¡Un servicio insignifi-
cante!
- CORT. 1.º ¡Cómo, señor Embajador! ¿Llamais nego-
cio insignificante á la boda de nuestro
Príncipe?
- CONDE. ¡Horror! ¡Estos ya lo saben! Os diré,
señor Barón, os diré... El amor, que es
tan poca cosa, es la más seria de todas
las cosas del mundo .. ¡Según se mire!
- CORT. 1.º Y en confianza, señor Conde, ¿tenéis es-
peranzas de triunfo?
- CONDE. ¿Esperanzas? ¡Psssh! No sé qué deciros...
¡Allá veremos! Por de pronto, mi compa-
ñero y fastidioso rival, el señor Marqués
de Salvak, embajador de Dinamarca, no
ha llegado aún. Esto es una gran victoria
para mí y una indisculpable torpeza de
ese diplomático, que nunca sabe llegar
con oportunidad.
- CRIADO. (Aunque) ¡El señor embajador de Di-
namarca! (Este entra primera derecha.)

ESCENA IV

LOS MISMOS.—EL MARQUÉS DE SALVAK

- CONDE. (¡Por vida de...! ¡Ya está ahí ese hombre!)
CORT. 1.º (Riendo) ¡Con vuestro permiso, Conde!
(Van cortesanos 1.º y 2.º al encuentro del Marqués de Salvak y quedan saludándose en la entrada.)
- NATALIA. (Que se ha aproximado al Conde) ¿Pero qué os sucede, tío... si no es secreto de alta política?
- CONDE. (Colérico) ¡Nada! ¡Una friolera! Que ya tienes ahí á mi enemigo... El otro embajador extraordinario... ¡Excuso decirte!
- NATALIA. Pero bien, tío... De todos modos, el Gran Duque os recibirá antes, porque habéis llegado primero.
- CONDE. Calla, muchacha... En política no sirve de nada llegar antes, ni después, sino llegar á tiempo.
- NATALIA. Mirad, mirad, ya parece que abren esa puerta.
(Se abre la puerta del foro. Cuantos hay en escena se apresuran á colocarse en dos filas. Quedan en el extremo de la derecha el Marqués y Cortesanos 1.º y 2.º, y en el de la izquierda el Conde y Natalia.—Muy rápido.)

ESCENA V

DICHOS.—FORTEN abriendo puerta foro.

- FORTEN. ¡Señores! El Gran Duque...
TODOS. (Interrumpiendo á un tiempo) ¡Aaaah!... (Inclinándose hasta el suelo.)
- CONDE. ¡Viva el Gran...!
- FORTEN. (Ceremoniosamente impone silencio con un ademán)
¡Señores! El Gran Duque no puede recibir aún...
- TODOS. ¡Ooh!... (Retirándose con general descontento.)
- FORTEN. (Sin interrumpirse) ...Me manda sólo para calmar la impaciencia de la Corte.
(Forten sale y los Cortesanos vuelven á reunirse en grupos, quedando como antes.)
- CORT. 1.º (Al Marqués de Salvak.) ¡Nada temáis! Vuestro colega el señor Conde (Señalándole) sigue tan pobre de espíritu como siempre. ¡Es un infeliz!

MARQUÉS. No, la verdad es que ya no sirve para la carrera. Con los años ha perdido por completo las pocas buenas cualidades que tenía... ¡El talento es lo que no ha podido perder!

CORT. 1.^o 2.^o (Riéndose) ¡Tenéis razón!

ESCENA VI

DICHOS y DAMA 1.^a—Luego, DAMA 2.^a—Entran por la primera izquierda

Al entrar la Dama 1.^a, los guardias dan un fuerte golpe con el arma sobre el pavimento.

NATALIA. (Que se asusta del ruido) ¡Ay! ¿Qué es eso, tío?

CONDE. La marquesa de Tintor... ¡Un golpe!... que da la guardia ducal como saludo. ¡Grandes honores! Es dama noble.

NATALIA. ¡Ah!... ¿Y á las damas nobles...?

CONDE. ¡Un golpe, hija mía, uno solo!

(La Dama 1.^a al entrar saluda al Marqués de Salvak.—Los Cortesanos 1.^o y 2.^o se acercan al mismo tiempo al Conde de Nubery.)

CORT. 1.^o (Al Conde) Señor Conde; vuestro colega el embajador de Dinamarca continúa tan imbécil como siempre. Nada temais. ¡La victoria quedará por Hungría!

CONDE. Os confieso que me ataca los nervios ese señor. Es un hombre que no tiene más méritos.. que las prendas personales de su mujer.

CORT. 1.^o Tenéis razón. ¡Es una real moza!

NATALIA. (Señalando á la primera izquierda) Mirad, tío, ¿quién es esa señora que va á entrar ahora en el salón? ¡Hermosa dama!

CONDE. Sí que es guapa. ¡Dos golpes! (Entra la Dama 2.^a por la izquierda y se dirige á los grupos del foro. Los guardias dan dos golpes) ¿Lo ves? Tiene la banda del Aguila Verde, y por lo mismo grandes honores.

(Se abre la puerta del foro, repitiéndose la maniobra de antes)

ESCENA VII (*)

DICHOS y FORTEN, que queda en la puerta foro

- FORTEN. Señores...
TODOS. ¡Aaah!... (Inclinándose hasta el suelo.)
FORTEN. ¡Señores! El Gran Duque... pregunta si ha venido ya su Montero mayor.
TODOS. ¡Oooh!... (Decepción.)
CORT. 1.º Pues no ha llegado aun, Forten.
FORTEN. Gracias, caballero. Que pase tan pronto como llegue. (Forten sale foro)
DAMA 1.ª (Al Marqués de Salvak) A mí me da mucha vergüenza, señor Embajador. Estos trajes de corte que la moda de Francia ha traído son indecorosísimos... ¡Si parece que vaya una desnuda! ..
MARQUÉS. ¿Qué queréis, señora? Napoleón impone, desde París, su política y sus faldas abiertas á todo el mundo. Pero lo cierto es que tendrá que ver el baile de mañana. ¡Será una fiesta espléndida!
CONDE. (Que habla en un grupo en el que están los Cortesanos 1.º y 2.º) (Al Cortesano 1.º) ¡Ah! ¡No señor! ¡Jamás! ¿Un desaire del Príncipe? Su tío, el actual Soberano, quisiera casarlo con las dos princesas á la vez para que no quedara ninguna en mal lugar.
CORT. 1.º ¡Oh, eso sí! El flaco del Gran Duque ha sido siempre la galantería.

ESCENA VIII

DICHOS.—UN PAJE.—EL PRÍNCIPE

- UN PAJE. ¡Su Alteza el Príncipe Alberto de Transmania!
(Revuelo general.—Entra el Príncipe por la derecha.)

Música

- CONDE. ¡Señor!
MARQUÉS. ¡Señor! } (Recitado)
PRÍNCIPE. ¡Insigne Conde de Nubery! ¡Marqués ilustrado de Salvak!
¡A nuestra Corte de Transmania bien venidos seais!

(*) Toda esta escena puede y debe suprimirse, cuando á juicio de los Sres. Directores de escena, la obra no sea llevada con mucha rapidez por los actores.

CORTES. ¡A nuestra Corte... etc.
PRÍNCIPE. De vuestras Cortes, siempre amadas,
venís con prendas estimadas
de cortésia y amistad...
Hermana vuestra es esta tierra
gallarda y galante.
Gallarda en la guerra
galante en la paz!

COR. y DAM.
PRÍNCIPE. Hermana vuestra..., etc.
Este noble pueblo,
que ninguno iguala,
se viste de gala
por daros honor,
y tiene dispuestas
expléndidas fiestas,
que abonan su anhelo
de paz y de amor.

—
Hasta las damas más bellas
por vuestro solaz procuran,
y un baile regio os ofrecen
donde lucir su hermosura.
Sabén que allí brilla tanto
su belleza y distinción,
que os festejan con la gloria
y realizan su ilusión.
Que es el baile para ellas
como un campo de batalla,
y miradas son sus fuegos
y sonrisas su metralla.
Nos fascina el enemigo
con miradas de pasión,
y olvidamos que sus tiros
buscan siempre el corazón.

—
A vuestras Cortes siempre amadas
regresaréis con estimadas
prendas de amor y de amistad.
Que hermana vuestra es esta tierra
gallarda y galante;
gallarda en la guerra,
galante en la paz.

Hablado

PRÍNCIPE. (Al Marqués de Salvak) Señor Embajador, me felicito de volveros á ver por estos reinos, (Bajando la voz.) y además os felicito. He visto el retrato de vuestra Princesa y

- es una criatura ideal... (Con mucho interés.)
¿Rubia, verdad?
- MARQUÉS. ¡Sí, señor, rubia como los rayos de la auroral!
- PRÍNCIPE. ¡Oh, cuánto me place! ¡Me muero por las rubias! (Volviéndose y yendo hacia donde está el Conde.)
- MARQUÉS. (Aparte y frotándose las manos.) ¡Se muere por las rubias! ¡Esto es pleito ganado! ¡Pobre Conde! (De vez en cuando, oportunamente, repite...: “¡Se muere por las rubias!”)
- PRÍNCIPE. (Al Conde de Nubery.) ¡No sabéis cuánta es mi satisfacción, Conde! (Bajando la voz.) ¡La hija del Rey de Hungría es adorable! ¿Morena, verdad?
- CONDE. ¡Oh, sí...! Morena, como dicen que fué nuestra madre Eva.
- PRÍNCIPE. Pues mil plácemes, señor embajador. ¡Las morenas son mi perdición!
- CONDE. (Ap.) Son su perdición... ¡Pobre Marqués!
- PRÍNCIPE. Pero veamos, veamos... ¿Cómo os atrevéis á aconsejarme que me case, vos, un solterón enemigo jurado del matrimonio?
- CONDE. ¡Ah, señor! ¡La razón de Estado! ¡El heredero de la corona de Transmania no es un hombre como los demás... ¡Es un Rey! y para los reyes, el amor es un deber.
- PRÍNCIPE. Un Rey era Felipe II de España y solía decir, que cuando el amor se convierte en matrimonio es como cuando el vino se convierte en vinagre.
- CONDE. Pues aficionado á las cosas agrias resultó ese Príncipe, señor, porque después de decir esa gracia se casó ¡cuatro veces!
- PRÍNCIPE. ¡Oh! Era hombre de gran valor. Nos lo dice la Historia. (Volviéndose y yendo hacia el foro.)
- MARQUÉS. ¡Negocio hecho! ¡Dice el Príncipe que se muere por las rubias! ¡El triunfo es para Dinamarca!
- CONDE. ¡Pleito ganado! “Son mi perdición las morenas”, ha dicho... Queda la victoria por Hungría.
- PRÍNCIPE. (Volviendo y cogiendo de un brazo al Marqués, luego al Conde y adelantando con ellos hasta las candilejas) ¡Señor Marqués!... ¡Señor Conde!.. (Subrayando mucho) ¿Y si el Príncipe de Transmania no quisiera casarse?
(Observa el efecto de su frase en uno y otro y sale

por el foro simulando contener la risa.) (Van saliendo por el foro, cuyas puertas se acaban de abrir, los Cortesanos y suena en la orquesta un motivo de la marcha muy piano.)

MARQUÉS. ¡También es verdad! ¿Y si no quisiera casarse el Príncipe?
CONDE. ¡Pues esta es otra!
¿Y si el Príncipe no se quisiera casar?

Telón y mutación

(La orquesta cubre la mutación desarrollando el tema del dúo con que empieza el cuadro segundo.)

CUADRO SEGUNDO

Gabinete de la Duquesa de Valais, amueblado con todo el lujo y riqueza de la época.—Puerta al foro y dos laterales.—A la izquierda, en primer término un sofá, y junto á él un taburete. Es de absoluta necesidad un clave, á la derecha, en segundo término.—En el momento indicado por la partitura se levantará el telón, apareciendo en escena la Duquesa y el Príncipe en *actitud de dúo*.

ESCENA PRIMERA

LA DUQUESA Y EL PRÍNCIPE

Música

PRÍNCIPE. Por Dios, vida mía,
da tregua al temor.
Amor que no lucha
no es perfecto amor.
DUQUESA. ¡Es que siempre te miro
lejos de mí!
¡Es que mis esperanzas
lejos están!
¡Es que yo sólo aliento,
sólo por tí,
y mis pocas venturas
contigo van!
PRÍNCIPE. ¡Deja que mire tus ojos!
¡Que me mire dentro de ellos!
¡Que me embriague en el perfume
de tus labios rojos
y juegue con tus cabellos.
tan suaves, tan bellos!
¡Que olvide, quemando

mi vida en el fuego
de tus miradas,
las horas de ausencia
que llegarán luego
tristes y pausadas!

DUQUESA. Mira dentro de mis ojos,
que mi alma verás en ellos,
y embriágate en el perfume
de mis labios rojos y de mis cabellos

PRÍNCIPE Y }
DUQUESA. } ¡Y háblame como tú sabes
y dime cuánto me quieres,
que escuchándote se alejan
la amargura y el temor!
¡Que yo oiga muy y cerca!
¡muy cerca!
¡tus dulces palabras de amor!

Hablado

DUQUESA. Pero es preciso que nos separemos. Es ya muy tarde, Alberto... ¡Si notasen tu falta en Palacio! Si alguien te encontrase á estas horas fuera de la ciudad...

PRÍNCIPE. No, tranquilízate. Aunque me viesen salir de aquí, ¿quién es capaz de sospechar la verdad? ¡Y ahora que nadie piensa mas que en la boda del Príncipe! (En tono de broma.)

DUQUESA. ¡Pero si descubrieran nuestro secreto! Tu tío el Gran Duque no es capaz de admitir razón alguna en disculpa de un matrimonio desigual. En vano le dirías que cuando nos casamos vivía su hijo Eduardo y no eras tú el heredero del trono, ni podíamos adivinar que lo fueses un día...

PRÍNCIPE. Pero no debemos olvidar á nuestra protectora. La poderosa influencia de la Emperatriz no nos ha de abandonar.

DUQUESA. Ella es mi única esperanza... y cada día me convenzo más de que hice muy bien al confiarle nuestra suerte. A pesar de haber dejado su servicio y la corte de Francia por seguirte, he continuado confiándole todas las inquietudes y temores que amenazan nuestro porvenir.

PRÍNCIPE. ¿Y ella no te ha prometido que velará por nosotros?

DUQUESA. En sus últimas cartas me asegura que piensa interceder bien pronto en nuestro favor, enviando desde su corte al Gran

Duque un embajador especial, un hombre hábil en el que podámos depositar nuestra confianza, y que llegará con el sólo objeto de hacer saber á tu tío nuestra boda y alcanzar por todos los medios su aprobaci6n.

PRÍNCIPE. ¡Dios bendiga á la Emperatriz! Gracias á ella nada tenemos que temer, puesto que un deseo de Napole6n ha de ser para la corona de Transmania una orden.

ESCENA II

DICHOS y UN CRIADO que sale derecha con una carta.

CRIADO. Señora, acaban de traer esta carta. Esperan contestaci6n.

(La Duquesa toma la carta que le da el criado y lee.)

PRÍNCIPE. ¿De qui6n es?

DUQUESA. (Leyendo.) "Acaba de llegar de París y pide permiso para ofrecer sus respetos á la Señora Duquesa de Valais, Carlos de Florín,"... ¡Carlos de Florín! El oficial del cuarto militar de la Emperatriz! ¿Será éste el que esperamos? (Leyendo.) "Acaba de llegar de París y pide permiso..." ¡Oh, no cabe duda! ¡Es nuestro salvador! (Al Criado) Decid al criado que su seõor puede venir cuando guste. (El criado saluda y sale por la derecha.)

PRÍNCIPE. También yo quisiera hablar con ese caballero, pero me parece imprudente citarle á Palacio. Podrían sospechar algo. En fin, tú lo dispondrás como quieras. ¿Cuándo nos volveremos á ver? (Con cariõo.)

DUQUESA. Ya te lo he dicho. Cuando tenga en mi poder los retratos de esas dos princesitas que aspiran á quitarme...

PRÍNCIPE. Calla, celosa. Hoy mismo los tendrás.

DUQUESA. ¿De veras?

PRÍNCIPE. Hoy mismo tendrás los dos retratos. Si no puedo dártelos yo, se los entregaré á nuestro caballero de Florín. (Van á salir por derecha.)

CRIADO. (Que aparece en la misma) Vuestra Alteza no podrá salir por aquí. Esperan en el sal6n el Conde de Nubery y una seõorita.

(Sale el criado.)

DUQUESA. ¡El embajador de Hungría! Si te viera

aquí estábamos perdidos! Es un diplomático de una astucia infernal. ¡Adios, Alberto! (El Príncipe sale por el foro.)

ESCENA III

DUQUESA.— CONDE.— NATALIA.— CRIADO

CRIADO. (Anunciando.) ¡El señor Conde de Nubery!
(Entran el Conde y Natalia por la derecha)

CONDE. ¡Señora!

DUQUESA. ¡Bien venido, señor Conde! ¡Querida Natalia! (Besándose.)

CONDE. Otra vez aquí, Duquesa... Un viaje de verdadero compromiso. Mi primera visita, después de presentar mis credenciales, es para vos.

DUQUESA. Gracias, señor embajador.

CONDE. No. Es egoísmo. Puro egoísmo. Esta vez el embajador de Hungría viene á solicitar vuestro favor.

(Se sientan)

DUQUESA. ¡Ah! ¿Conque venís de pretendiente?

CONDE. Sí, señora... Se trata de un grave negocio de Estado... y de otro no menos grave negocio de familia.

DUQUESA. Veamos el primero.

CONDE. Elena... Somos antiguos amigos y os debo ser franco. Vengo á la Corte de Transmania á gestionar el matrimonio del Príncipe con una de nuestras princesas.

DUQUESA. ¡Ah! ¿Conque... el matrimonio del Príncipe? ¡Grave asunto es!

CONDE. Para mí la negociación es de suma importancia, porque mi colega el embajador de Dinamarca ha llegado con la misma pretensión. Es mi rival de siempre... y es preciso que ese hombre no nos gane la partida.

DUQUESA. ¡No la ganará! Yo os lo aseguro.

CONDE. La otra gracia es un favor particular. Se reduce á que me hagáis el honor de tener en vuestra casa á mi sobrina mientras yo haya de permanecer aquí.

DUQUESA. ¡Oh! Eso es una satisfacción muy grande para mí.

CONDE. La pongo bajo vuestra tutela porque yo, que tengo la obligación de saber lo que sucede en todas las casas, no tengo tiem

po de observar lo que ocurre en la mía. Y he de pasarme la vida huyendo de cierto caballerito, cuyas intenciones no me satisfacen y que sigue nuestros pasos haciendo mi desesperación y la dicha de la niña.

DUQUESA. ¡Ah! ¿Conque esas tenemos? (A Natalia.)

NATALIA. Aprensiones de mi tío, Duquesa.

CONDE. Un muchacho de ilustre nombre, pero un mala cabeza de quien no he podido hacer carrera. Un aturdido que nunca servirá para nada.

NATALIA. Eso no lo sabéis, tío. El que no sirva para la diplomacia no es motivo para que le tengáis esa rabia. Precisamente por eso me gusta... ¡Ser la mujer de un embajador! ¡Vaya un fastidio! ¡Tener que preguntar á su marido todas las mañanas la cara que hay que poner durante el día!

CONDE. (Después de lanzar una mirada de disgusto á su sobrina.) En fin, señora, el caso es, que dejando á Natalia en vuestra casa quedo bien tranquilo. ¡Aquí no puede llegar nunca la persecución del caballero de Florín!

DUQUESA. ¡El caballero de Florín! ¡Ah! ¿Pero es ese?...

CONDE. Sí señora... Ese ha sido mi sombra hasta este momento... Ahora ya, ¿qué puedo temer? (Exagerando la satisfacción.)

ESCENA IV

DICHOS.—UN CRIADO.—CARLOS DE FLORÍN.

CRIADO. (Anunciando.) ¡El caballero de Florín!

NATALIA. ¡Gracias á Dios! (Aparte.)

CONDE. ¡Horror! (El Conde y Natalia, se separan hacia el foro.) Pero, ¿cómo, señora? ¿También aquí? ¿Con qué motivo viene á esta casa? ¡Cuando yo os decía que era mi sombra!...

DUQUESA. (Aparte.) ¡Qué inoportuno!

NATALIA. (Aparte.) Carlitos parece tonto y se mete en casa.

FLORIN. (Entrando por la derecha y sin ver á Natalia ni al Conde.) (A la Duquesa.) ¡No sabéis cuánto celebro, Duquesa! Tengo graves asuntos. Que... (La Duquesa le indica la presencia de aquellos.) ¡Ah! ¡El señor Conde!... ¡Natalia!

- (Saludándoles.) Está visto que hoy es para mí día de sorpresas.
- CONDE. (Irónicamente.) De sorpresas, ¿eh? ¿No esperábais encontrarnos aquí...?
- FLORIN. ¡Os lo juro!... ¡Si al despedirnos me dijisteis que íbais á Rusia!... No. Venía á ver á la señora Duquesa de Valais para consultarla acerca de una misión diplomática.
- DUQUESA. (Aparte.) ¡Imprudente!
- CONDE. (Con sorna.) ¿Vos? ¿Misión diplomática?
- FLORIN. Yo, señor Conde. ¡Oh! En la Corte de Francia me han comprendido y resulta que tengo el honor de ser vuestro colega. Llego á Transmania para un gravísimo negocio. Pero... ¡no temáis! ¿Habéis oído hablar del gran baile de trajes que da el Emperador en las Tullerías? Pues ahí tenéis, amigo mío. Las principales damas de la corte de Napoleón quieren vestir los trajes de este país que son tan pintorescos... y yo, siempre galante, me he ofrecido á la Emperatriz para venir á estudiarlos sobre el terreno... Conque aquí me tenéis de embajador para tan árdua empresa.
- DUQUESA. (Aparte.) ¡Menos mal! ¡Ha sabido salir del apuro!
- NATALIA. (Riendo.) ¡Sí que es una embajada particular!
- CONDE. ¡Y tan particular! (A la Duquesa.) Como que en todo eso no hay una palabra de verdad.
- FLORIN. Hasta el momento todo marcha admirablemente. Eso sí, he tenido que venir reventando caballos... ¡Sin descansar jamás! ¡Siempre á galope!
- CONDE. ¿Y no os habéis detenido en Berna, ni en...?
- FLORIN. (Interrumpiéndole.) ¡Cómo! ¡Un diplomático no puede detenerse! ¡Un diplomático debe manifestar á todas horas que lleva mucha prisa! Es una lección que me habéis repetido cien veces.
- CONDE. Permitidme que os diga, amigo Florín, que no se viene desde París reventando caballos sólo por ver unos trajes de baile.
- FLORIN. Señor Conde, ¿cuántas veces habréis corrido vos, el doble para asuntos de menor importancia?
- CONDE. (Vamos..., á este cernícalo hay que de-

jarlo por imposible.) Bien, á lo que importa, señora Duquesa. Cuento con vuestra bondad para que mi sobrina no se presente en la Corte, sobre todo en el baile de mañana, con el peligro de hacer un mal papel. Será preciso que le déis algunas lecciones, ante todo, de las modas que privan por acá en materia de bailes...

DUQUESA. ¿En materia de bailes? Pues si Natalia es una profesora... Veamos, veamos. (Levantándose.)

FLORIN. Señora Duquesa... ¿Debo retirarme?

DUQUESA. ¡Al contrario... Necesito de vos! ¡Allí está el clave! (Florín se sienta al clave.)

Música

DUQUESA. (Levantando y ciñendo un poquito la falda.) ¡Fíjate bien en mí!

NATALIA. (Imitándola.) ¿Así?... ¿Así?

DUQUESA. ¡Muy bien!... ¡Muy bien!... ¡Así!

FLORIN. (Volviéndose para apreciar los adelantos de su novia y lamentando no poder apreciarlos más de cerca.) ¡Qué mal estoy aquí!

CONDE. (Observando la maniobra de Florín y procurando interponerse entre él y la pareja, cubriéndole las figuras con los faldones de su frac.) Si empieza el baile así

preciso es evitar
que el chico se entusiasme
y deje de tocar.)

DUQUESA. Imagina que á tu lado
baila el hombre que tú quieres
y pronuncia enamorado
las palabras que prefieres.
Imagina que se inclina
con pasión ciega hacía tí...
y que el diálogo divino
del amor se entabla así.

¡Así! (Más ceñida la falda y más alta.)

¿Así?

NATALIA. (A Florín.) ¡Ved que el clave está aquí!

CONDE. Me gustan más la teclas
que se ven allí!

DUQUESA. «De hermosura peregrina
es la dama á quien adoro.
¡Quién pudiera hallar en ella

- NATALIA. el amor que de ella imploro.»
Una frase no enamora,
pero amor logra el amante
si es que sabe, cuando implora,
ser tan fiel como galante.
-
- DUQUESA. (Siempre con la mayor picardía... ducal y siempre
ascendiendo la falda.) ¡Ahora un poco más!
- NATALIA. ¿Mas?
- DUQUESA. ¡Más!
- FLORIN. (Al Conde, apartándole de delante.)
¡Ved que estaréis mejor
un poco más atras!
- NATALIA. ¿Más?
- DUQUESA. ¡Más!
- CONDE. (A Florín.) Cuidad un poco más
de no perder así el compás!
-
- NATALIA. ¿Está ya bien colocado?
- DUQUESA. ¡Un poquito más ceñido!
- NATALIA. ¿Así?
- DUQUESA. ¡Así!
- CONDE. (Se va escamando ya el tío.)
¿No es demasiado?
- DUQUESA. ¡Está muy bien entendido!
-
- DUQUESA: «Si el amor, amor consigue,
lograr puedo lo que imploro,
pues no hay dama más amada
que la dama á quien adoro.»
- NATALIA. ¿Es hermosa?
- DUQUESA. ¡La más bella!
- NATALIA. ¿Blanca? ¿Rubia?
- DUQUESA. ¡Cual vos es!
- NATALIA. ¿Quién es ella?
- DUQUESA. ¿Quién es ella?...
- (Al dar una de las vueltecitas se aprovecha, como
si fuese de verdad el papel que representa en la
danza, y besa á la niña.)
- NATALIA. ¡Ay!...
- CE. y FLR. (Volviéndose) ¿Qué ha sido eso?
- DUQUESA. ¡Fué un traspies!

Hablado

- CONDE. ¡Admirablemente!
- FLORÍN. ¡Muy bien! ¡Muy bien!
- DUQUESA. Caballero de Florín; cuando gustéis tra-

taremos *ese grave asunto* de los trajes. Y ahora me permitiréis que vaya á enseñar á Natalia la habitación que le destino. Se queda conmigo... ¡Bajo mi protección! (Salen la Duquesa y Natalia por la izquierda.)

ESCENA V

EL CONDE DE NUBERY — EL CABALLERO DE FLORÍN
de pie, frente á frente

CONDE. Gracias á Dios que estamos solos. Ahora ya podremos hablar con entera franqueza.

FLORÍN. Vamos hablando, señor Conde. (Tranquilamente.)

CONDE. Ya sabréis, mi querido Florín, que nosotros, los diplomáticos, tenemos *dos verdades*.

FLORÍN. Sí, ya lo sé. Una que no es verdad.

CONDE. Precisamente. Pero aquí, entre nosotros, sólo debemos tratar de la segunda... Ya conocerá vuestro buen talento que yo no puedo creer ni una palabra de cuanto habéis dicho acerca del motivo de vuestro viaje.

FLORÍN. Hacéis mal, señor Conde. Os aseguro que vengo por los disfraces... y nada más... Ahora bien, ¿queréis saberlo todo? Pues *vuestro buen talento* debía haber adivinado que si acepté el encargo de los trajes fué por el gusto de seguir á vuestra sobrina y pasar á vuestro lado unas cuantas semanas tranquilamente.

CONDE. ¡Ah! Conque... (Imitándole.) Pasar á nuestro lado... tranquilamente... ¡Caballero de Florín, sois un joven graciosísimo, lleno de ingenio y de amabilidad! .. ¡Os estimo de corazón!

FLORÍN. ¿De corazón? Permitidme... ¿Esta será la *primera* verdad diplomática?

CONDE. No, la segunda... la pura verdad. Y os voy á dar la prueba. Vais á conocer todo mi pensamiento... Mi sobrina no será nunca vuestra esposa. (Con mucha amabilidad: toda la escena es así.)

FLORÍN. ¡Oh! Quedo reconocido ante tanta sinceridad .. Podéis creer que nunca olvidaré el sacrificio que os habrá costado decir, por una vez en la vida, la pura verdad.

ESCENA VI

DICHOS y FORTEN que entra por la derecha.

- FORTEN. ¡Señores! (Saludando.)
CONDE. (A Florín) Permitidme, amigo Carlos. (Llevando aparte á Forten.) Gracias por haberos acordado de mi encargo. ¿Qué, qué hay, amigo Forten? ¿El Príncipe me manda llamar?
- FORTEN. Perdonadme, señor Conde. Siempre á vuestras órdenes, pero Su Alteza me ha dicho que no quiere recibir hoy á nadie.
- CONDE. ¡Qué contrariedad! ¿Y no habrá medio de conseguir audiencia? Decid, Forten, ¿estáis seguro de que no va á recibir á nadie?
- FORTEN. Sólo podrá pasar un caballero que debe haber llegado hoy mismo, un enviado de París que se llama. (Mirando el sobre de una carta.) Carlos de Florín.
- CONDE. ¡Chisst!... Bajad la voz. Pero, ¿es cosa segura lo que me contais?
- FORTEN. ¡Y tan segura! Como que traigo esta carta de Su Alteza para ese señor. Voy á ver dónde le puedo encontrar.
- CONDE. No, no necesitais correr mucho. ¡Ahí le teneis!...
- FORTEN. ¡Ah! ¿Es ese caballero? ¿Y le conocéis? Pues vuestro asunto es negocio hecho. Goza del más alto grado de favor con el Príncipe.
- CONDE. ¿De veras? ¡Quién lo había de creer! ¡Un majadero semejante!
- FORTEN. (A Florín.) ¿Es el caballero Carlos de Florín á quien tengo el honor de hablar?
- FLORÍN. Soy vuestro servidor.
- FORTEN. Su Alteza el Príncipe Alberto me ha dado orden de que os entregue esta carta.
- FLORÍN. ¿A mí?... ¿El Príncipe? ¡Bueno! (Con la mayor naturalidad en la extrañeza.)
(Forten saluda y sale por la derecha.)

ESCENA VII

EL CONDE y CARLOS DE FLORÍN.

- FLORÍN. ¡No sé qué pueda ser esto!
CONDE. ¡Ah!... ¿Conque no lo sabéis?
FLORÍN. ¡En mi vida he tenido el honor de ver al

Príncipe de Transmania ni por casualidad. No sabía yo que nos conocíamos.

CONDE. ¿De veras?... ¿No esperábais?...

FLORÍN. Os lo aseguro formalmente.

CONDE. No, joven, no. Aún no tenéis la costumbre del fingimiento. A cien leguas se conoce que vuestra sorpresa no es natural. Es inútil disimular conmigo, porque ya estoy sospechando lo que os dicen en ese carta.

FLORÍN. ¡Ah, sí! Pues no quiero que lo sospechéis. Prefiero que lo sepáis. Abridla vos mismo.

CONDE. Pero... caballero... ¿no tenéis miedo de que yo conozca?...

FLORÍN. ¿Que me invitan al baile de mañana? Lo menos se trata de un secreto por el estilo.

CONDE. (Leyendo.) "Saludo al caballero de Florín y le ruego me perdone el no poderle recibir esta misma mañana en Palacio, suplicándole que me aguarde mañana, á las siete, en los jardines de Valais, cercanos al lugar de la caza; circunstancia que me permitirá separarme de la comitiva y poder hablarle. — Alberto."

FLORÍN. Pues sí que se trata de una cosa singular. ¿Qué significará esto?

CONDE. Yo os lo explicaré. Esto significa que no habéis venido aquí sin algún gran motivo.

FLORÍN. Claro. Vengo por lo de los malditos disfraces esos, pero...

CONDE. ¡Caballerito; basta ya! Ese pretexto tal vez pueda servir para engañar á las damas, pero para un hombre como yo es una ridiculez. ¿Os parece cosa de poca importancia que el Príncipe cierre á todo el mundo su puerta, me niegue á mí una audiencia y os conceda á vos una cita... y fuera de Palacio... y secreta... y en el jardín de esta misma casa?

FLORÍN. (Pensativo.) No... y la verdad es que algo debe de ser esto.

CONDE. Vamos, Carlos; yo os quiero como un verdadero amigo y debo merecer vuestra confianza... Os doy á elegir entre la paz ó la guerra. Vamos á ver... ¿cuál es vuestra misión en la corte de Transmania? ¿Para qué os concede el Príncipe

- Alberto esa entrevista? ¿Qué quiere decir?...
FLORÍN. Señor Conde; yo bien quisiera responderos, pero no voy á poder por una razón que os parecerá sin duda bastante poderosa.
CONDE. ¿Qué razón es esa?
FLORÍN. Pues, que yo tampoco sé una palabra de todo esto. (El Conde sale por la derecha desesperado. Florín, que no le ha visto irse, sigue hablando sin interrumpirse; sólo dice) ¡Pero absolutamente nada! Lo que se dice nada, nada, nada... (y sigue hablando hasta que al levantar la vista y darse cuenta de que el Conde se ha ido, sale precipitadamente.)

Mutación

(La orquesta cubre la mutación.)

CUADRO TERCERO

La escena representa una avenida de los Jardines de Valais.
Telón corto.

ESCENA PRIMERA

FLORÍN.—Luego el PRÍNCIPE y el CONDE.

- FLORÍN (Que aparece en escena.) ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué lío! El Príncipe quiere hablar conmigo... Esto es indudable, porque la carta era para mí... pero ¿qué querrá? ¡Y cualquiera convence al tío de Natalia de que yo no entiendo una jota de todo esto!... Pero, calle... el Príncipe... y detrás de él, como una sombra, el señor Conde! ¡Vamos, este hombre no se puede sufrir!
(Entra en escena el Príncipe por la izquierda y cuando vá á saludar á Florín le habla el Conde, que le sigue. El Príncipe se muestra contrariado por la presencia del Conde.)
CONDE. ¡Qué dicha, señor! No esperaba la fortuna de ver á Vuestra Alteza.
PRÍNCIPE. (Con gran disgusto é impaciencia.) ¡Hola, señor Conde!... Por una casualidad me he adelantado á los caballeros de la partida...

Pero, ¡calle! ¿No es aquel señor el caballero de Florín?

FLORÍN. Para servir á Vuestra Alteza.

CONDE. ¿Vuestra Alteza conocía á mi queridísimo amigo?

PRÍNCIPE. ¡Oh! Tengo ese honor. En París nos hemos tratado mucho... y espero que no haya olvidado nuestra antigua amistad.

CONDE. (¡Valiente par de embusteros!) Señor, ayer me atreví á solicitar una audiencia de Vuestra Alteza por su secretario.

PRÍNCIPE. (Interrumpiendo.) ¡Mal hecho, señor embajador! ¿Para qué esas fórmulas de etiqueta? Venid mañana... ú otro día cualquiera... ¡cuando os parezca! Hoy es día de caza... Por cierto que el Gran Duque se sorprendía de no veros por allí hace poco... (Señalandole el sitio con gran deseo de que se vaya.)

CONDE. ¿De veras?... ¡Qué torpeza la mía!

PRÍNCIPE. (Después de una corta pausa, muy impaciente y demostrando como sin querer, la contrariedad que le causa la presencia del Conde.) Supongo... que ya sabréis que esta noche hay en Palacio baile y concierto... Espero que asistiréis... así como el... caballero de Florín... Tendré un verdadero honor...

CONDE.

PRÍNCIPE. (Pausa.) ¡Y no se irá!... (Impacientísimo.) Tengo entendido que sois muy aficionado á la música.

CONDE. Sí, efectivamente... (Pausa.)

PRÍNCIPE. (Ap. á Florín.) ¿Cómo nos lo echaremos de encima? (Pasando al otro lado de Florín.)

FLORÍN. (Al Príncipe.) ¡Muy fácilmente! (Ap. al Conde, y yendo ceremoniosamente á su encuentro.) Teníais razón, mi querido maestro. Su Alteza me ruega que busque una manera discreta de procurar que nos dejéis solos. Yo no la encuentro. Vos que sabéis más que yo de diplomacia, decidme... ¿Cómo se puede alejar á un hombre de talento cuando estorba?

CONDE. ¡Caballero!... (Indignado.) No durará mucho vuestra satisfacción... Yo haré que sepa el Gran Duque... (Yéndose rápidamente por la izquierda.)

ESCENA II

EL PRÍNCIPE Y FLORÍN

- PRÍNCIPE. ¡Qué fortuna! (Muy contento y convencido de que Florín ha hecho una gran cosa.) En cuanto le habéis dicho una palabra se ha ido.
- FLORÍN. ¡Sois un hombre de ingenio, señor Florín! Gracias, señor. No hago más que cumplir vuestras... (Admirado de la importancia que se le dá á su acción.)
- PRÍNCIPE. Bien, no perdamos tiempo. ¿Cuándo habéis llegado? (Impaciente.)
- FLORÍN. Ayer mismo (Tranquilamente, contrastando con la inquietud del Príncipe.)
- PRÍNCIPE. ¿Habéis podido hablar ya con la Duquesa de Valais?
- FLORÍN. ¿Con la duquesa de...? ¡Sí, señor!
- PRÍNCIPE. ¡Oh! Pues entonces... entonces ya podemos respirar tranquilos. (Satisfecho.)
- FLORÍN. ¡Bueno; pues respiremos! (Tan fresco.)
- PRÍNCIPE. Pero como aquí nos pueden sorprender... ¿Sabéis si está sola la Duquesa?
- FLORÍN. Está con la sobrina del Conde de Nubery.
- PRÍNCIPE. ¡Por vida del... ¡Qué contratiempo! ¡Ya no podré verla hoy! ¡Ni será fácil que hablemos los tres! (Demostrando gran disgusto y medio aparte.) (Dirigiéndose á Florín y como decidido.) Pero en fin, aquí tenéis los dos retratos; con la debida reserva entregadlos... y tened presente que agradezco... en el alma... (Le entrega dos miniaturas de la época: atiende como si oyera ruido por la izquierda y temiera que le encontrarán. Así hasta que acabe la escena.)
- FLORÍN. Pero... ¡cómo! Vuestra Alteza pretende que yo...
- PRÍNCIPE. ¡Desde luego! Me inspiráis suficiente confianza... Pero tratemos de lo que importa. Ya comprenderéis, habiendo visto ya aquí al enviado de Hungría, si será apurada nuestra situación... El peligro... (Se interrumpe y atiende.) (Música y voces fuera de escena por la izquierda.)
- FLORÍN. (Decidido.) ¡Vaya, yo se lo digo! ¡Señor, yo no comprendo una...!
- PRÍNCIPE. ¡Silencio! (Empiezan á entrar caballeros por la izquierda.) (Medio aparte.) ¡Vaya, está visto! ¡No podremos hablar hoy dos palabras!..

(De pronto á Florín.) ¿Supongo que á nadie habréis dicho?

FLORÍN. ¡Yo, señor! (Con mucha convicción) ¿Qué queréis que diga? Yo no he venido aquí más que por esos trajes de baile...

PRÍNCIPE. (Interrumpiéndole satisfecho.) ¡Ah, muy bien, muy bien... sois un gran cómico! ¡Con el Gran Duque, sobre todo, mucha prudencia!

ESCENA III

DICHOS.—EL GRAN DUQUE.—EL CONDE.—EL MARQUÉS.
Monteros, picadores, pajes, etc., que entran por la izquierda. Algunos cruzan la escena.

G. DUQUE. ¡Alberto, celebro encontrarte! Aquí tienes al Marqués de Salvak, enviado de Dinamarca, que está preguntando siempre por tí... (El Príncipe saluda.)

PRÍNCIPE. (Al Gran Duque) Y yo, señor, tengo el honor de presentaros al caballero de Florín, enviado de Francia.

FLORÍN. (Saludando al Gran Duque.) ¡Señor!

G. DUQUE. ¡Cómo! ¡El Emperador tiene un embajador en mi corte y yo no le conozco aún!

FLORÍN. Llegué ayer, señor, y además, es mi comisión de tan poca importancia, que no merece... Vengo sólo á escoger los disfraces para un baile...

G. DUQUE. ¡Ah! Pues en el de esta noche podréis admirar el gusto de nuestras damas... (Pasan-do hasta colocarse cerca de Florín, con quien habla.)

MARQUÉS. ¡Este jovencito!... ¡Eso de los disfraces... me parece sospechoso!

G. DUQUE. (Riendo.) ¡Bravo, bravo, caballero de Florín! (A los demás.) ¡Señores, en marcha! (Fuera clarines.)

CONDE. ¡Pero habráse visto desfachatez mayor! ¡Engañar también al Gran Duque!... Vamos, este niño miente con la frescura de un diplomático de verdad!

Telón y Mutación

CUADRO CUARTO

Gran salón á todo foro con espléndida iluminación y amueblado con el lujo propio del palacio del Gran Duque. Sillas doradas en casi todos los bastidores. Puertas laterales en primero y segundo término; galería al foro, que permite descubrir á lo lejos el jardín, también iluminado.

ESCENA PRIMERA

Todos los personajes de la acción en escena presentando el baile.

Música (*)

(En cuanto termine el baile, Florín, que habrá estado en unión del Gran Duque y otros Cortesanos formando grupo, dice una cosa muy graciosa (cuya gracia principal consiste en que no la oye el público), y el Gran Duque se ríe, así como los demás. Florín sigue accionando como si hablara y todos se van yendo hacia la primera derecha, por donde desaparecen.)

ESCENA II

EL CONDE DE NUBERY en la primera izquierda y viendo á los que se alejan.

Hablado

CONDE. ¡Allá vá...! ¡Con el Gran Duque!...
¡Y el Duque le escucha atento!
¡Y se ríe...! ¡Y le hace gracia lo que dice! ¿Será cierto que Florín, aquel chiquillo, sea éste que en un momento se hace el señor de la corte? Florín, que yo creí un necio ¿será listo?... ¿A que resulta que Florín tiene talento?
¡Natalia!

(*) La letra del *minué* que baila en este cuadro el coro y del wals que completa el número, se hallará en la partitura que facilita á las Empresas la Sociedad de Autores Españoles.

ESCENA III

DICHO y NATALIA que sale por la segunda izquierda

NATALIA. ¡Querido tío!...
CONDE. ¿Qué haces aquí?
NATALIA. Pues... espero.
CONDE. ¿Esperas?...
NATALIA. Sí. Mira, tío,
como me has dicho que puedo
hacer lo que aquí es corriente,
vengo aquí á hablar un momento
con mi novio.
CONDE. ¡Pero, niña!
NATALIA. ¡Aquí lo corriente es eso!
¡Ah, tío! ¡Y le he prometido
una danza para luego!
CONDE. ¿También?
NATALIA. Y además me pide
una cosa que...
CONDE. ¡Silencio!
(¡Pues señor, esto está visto!
¡Es un mozo de provecho!
Hasta en los ratos perdidos
se vé que no pierde el tiempo...)
(Muy rápido y con admiración creciente.)
NATALIA. ¡Ahí está!...

ESCENA IV

LOS MISMOS.—FLORÍN, que sale primera derecha.

FLORÍN. (Muy contento.) ¡Natalia!
NATALIA. (Señalando al señor Conde y como advertencia.)
¡El tío!
FLORÍN. ¡Señor Conde!
CONDE. Caballero
de Florín, querido amigo...
No sabéis cuánto me alegro
de veros aquí.
FLORÍN. Lo mismo
que yo... ¡Cuánto lo celebrol...
CONDE. ¿Permitís una confianza?
FLORÍN. Decidme.
CONDE. ¿Sabéis si es cierto
que hoy ha comido en Palacio

con el Duque un extranjero?
¡Tengo un interés muy grande
por averiguarlo!

FLORÍN. Es cierto.

CONDE. ¿Estáis seguro?

FLORÍN. ¡Seguro!

CONDE. ¿De veras?

FLORÍN. ¡Pues ya lo creo!

CONDE. ¿Y con quién? ¿Con quién...? (Con mucho interés.)

FLORÍN. ¡Conmigo!

CONDE. ¿Con vos...? Pero ¿qué habéis hecho,
qué intrigas habéis urdido
para lograr vuestro objeto? (Cada vez más
admirado.)

FLORÍN. Ninguna .. que dije anoche
que no había cocineros
como en Francia, en todo el mundo,
y al oírme, tuvo empeño
el Gran Duque en demostrarme
que el suyo también es bueno.
¡Y no es malo! Os lo aseguro.
¡El *menú* ha sido soberbio!
¡Qué langostinos! ¡Qué truchas!
Y sobre todo, ¡qué ameno
en el trato! Le he explicado
con franqueza á lo que vengo,
y él mismo se me ha ofrecido
para buscarme modelos
de trajes... ¡Me ha asegurado
que los hay muy pintorescos!

CONDE. (Cargado ya de razón.)

Florín,... ¡otra vez los trajes!
¿Otra vez...? (¡No hay más remedio
que capitular!... Es listo,
muy listo...!) Florín, confieso
que con vos me he equivocado.
Os reconozco talento
y habilidad... y recursos...
y os ofrezco, en prueba de ello,
que si decís francamente
el objeto verdadero
de vuestro viaje, Natalia
será vuestra, ¡os lo prometo!

NATALIA. ¡Qué alegría...! ¡Anda, Carlitos!

(Pasa Natalia al otro lado del Conde y quedan de derecha á izquierda Florín, Natalia y el Conde.)
(¡Me partió!)

FLORÍN. ¿Dudas?

NATALIA.

FLORÍN. (¿Qué invento

para que este hombre me crea?
Porque si yo le confieso
la verdad, me va á tomar
por tonto ó por embustero!

(Muy rápido este monólogo.)

Pero hombre...

NATALIA.

FLORÍN.

(¡A Roma por todo!

No digo nada, y al menos
salvaremos nuestra fama.)
Señor Conde... en el tremendo
conflicto entre mi deber
y mi amor... juzgo que debo
sacrificar mi cariño,
porque no es de caballeros,

(Con naturalidad; él no quiere lucirse sino salir
del paso.)

para conseguir mercedes
ir publicando secretos.

¡Dios mío!

NATALIA.

CONDE.

Esa negativa
equivale á un rompimiento,
y como á tal la recibo...
Con todo, yo admiro el mérito
de vuestra acción... y podéis
contar siempre con mi afecto...!

(Retirándose hacia la segunda izquierda y volvién-
dose para mirar y admirar al fenómeno.)

(¡Estoy pasmado!... ¡Qué pronto
se abrirá paso! .. No espero
ver en mi vida otro rasgo
como el suyo!... ¡Ha sido inmenso!)

(Vase segunda izquierda.)

ESCENA V

NATALIA Y FLORÍN

FLORÍN.

¡Natalia! (Deteniéndola, pues la niña, irritada, in-
tenta salir con el tío.)

¡Pero mujer!...

¡Oye, escúchame Natalia!

¡Caballero! (Con orgulloso despecho.)

NATALIA.

FLORÍN.

(Lleno de una sinceridad infantil; á dos dedos de
hacer pucherros.) ¡Por favor!

¡Te juro que no sé nada!

¡Que decir la verdad era

matar toda mi esperanza!

¡Que es verdad lo de los trajes!

(Natalia va cejando en su actitud altiva.)

- ¡Que no traigo aquí embajadas
y que estoy ya medio loco
con líos y diplomacia!
- NATALIA. ¿Ah, sí?... ¡Pues esto es peor!
¿Conque á mí también me engañas?
¿Me quieres hacer creer
que no sabes nada, nada,
y traes revuelta la corte
con las intrigas que tramas?
¿Quieres hacerme creer
que me adoras, y rechazas
mi mano, cuando mi tío
te la dá? ¡Yo bien pensaba
que te echaría á perder
la maldita diplomacia!
- FLORÍN. ¡Pero si no engaño á nadie!
¡Si es tu tío el que se engaña!
(Sigue la sinceridad.)
¿No ves que cuando le digo
la pura verdad, se enfada?
¿No ves que es él quien se enreda?
¡Mira, ven; oye, Natalia!...
(Como llevando el asunto al terreno confidencial.)
¡Aquí hay un lío tremendo
y yo no sé una palabra...!
¡A mí me hablan de mil cosas
que no entiendo...! A mí me tratan
como á un personaje de esos
que algún gran secreto guardan,
y ese terrible secreto
que tanto intriga y afana,
ese secreto... es que no hay
secreto .. y quieren que lo haya!
No te creo.
- NATALIA. ¿Quieres pruebas?
FLORÍN. Pues oye, ¿no es cosa extraña
que el Príncipe me haya dado
una cita esta mañana?
- NATALIA. ¿A tí?
FLORÍN. ¡A mí! Escuso decirte
que fuí á donde me esperaba
y que de toda su historia
no he entendido una palabra.
Figúrate, llega el hombre
y me dice en voz muy baja
dándome estos dos retratos:
(Saca las dos miniaturas.)
— «Florín: tomad y mil gracias,
dádseles á quien sabeis...
¡Que no sepa nadie nada!»

— «¡Dádselos á quien sabeis...!»

(Imitando la voz del Príncipe.)

«¡A quien sabeis!...» — «¿Ves, Natalia?

¡Sigue el lío! ¡Si no sé de quién son! ¿Qué quieres que haga? Dime... ¿qué hago yo con esto?

NATALIA. ¿A ver? ¿A ver? (Cogiendo las miniaturas y mirándolas.)

FLORÍN. Son dos damas muy bellas... Y los brillantes magníficos... ¡Tienen traza de ser dos grandes señoras!...

NATALIA. Pero, Carlos... Si estas damas son las princesas...

FLORÍN. ¿De veras?

NATALIA. ¡Esta es la de Dinamarca y esta la de Hungría!

FLORÍN. ¡Vamos!

NATALIA. ¡Pues si la cosa está clara!

FLORÍN. ¿Ah, sí?... ¿Está clara la cosa?

(Sin entender la claridad.)

NATALIA. ¡Ya lo creo! ¡Como el agua!

(Con aire de superioridad.)

¡Se explica perfectamente!

Es un regalo que trata de hacer á esas princesitas, y para evitar la charla de la corte, te los dió para que los entregaras á los dos embajadores!

FLORÍN. ¡Ah, sí, sí!... ¿Sabes, Natalia, que tienes mucho talento?

(Satisfecho.)

¡Pues... lo mejor es que vayas y se lo entregues al tío!

A ver si el retrato aplaca sus iras y nos perdona!

(Natalia le devuelve un retrato, que Florín guarda.)

Aquí te espero.

NATALIA. Sí, aguarda mientras voy... y no me olvides lo de nuestra contradanza. (Vase 2.ª izqd.ª)

FLORÍN. ¡Jamás!... Yo nunca me olvido de las cosas de importancia.

ESCENA VI

FLORÍN.—Luego el MARQUÉS DE SALVAK, que sale por la segunda derecha.

FLORÍN. ¡Qué he de olvidar! ¡Si es más buena!
¿Olvidarla yo? ¡En la vida!
¡Calla, el otro!
Caballero...

MARQUÉS. Caballero...
¡Quién diría
que este mocito es la clave
de todo!... ¡Que si él se inclina
á mi favor, es segura
la derrota de la Hungría!

FLORÍN. Pues señor... que no sé cómo decirle...

MARQUÉS. ¡Cómo me mira!
FLORÍN. ¡Y calla!... Pues esperemos
á que hable. (Se sienta.)

MARQUÉS. (El Marqués le imita, quedando bastante lejos uno de otro.) ¿Cómo?

FLORÍN. ¿Decíais?...

MARQUÉS. ¡No, nada!...

FLORÍN. ¿A que no le doy
el retrato y se fastidia?

MARQUÉS. Caballero... En confianza...
(Aproximando un poquito su silla á la de Florín.)

FLORÍN. Decid...

MARQUÉS. Nuestro oficio obliga
á guardar grandes reservas,
pero os tengo en gran estima
y de vuestra inteligencia
tengo tan gratas noticias,
que voy á seros muy franco.

FLORÍN. Gracias.

MARQUÉS. (Acercando un poquito más el asiento)

Cuento con espías
en la corte, y por lo tanto
no os extrañe que se sigan
vuestros pasos y yo sepa
la importancia merecida
que tenéis cerca del Príncipe,
y la manera habilísima
como habéis logrado ser
en esta corte un enigma,
que pesa en todas las cosas
de manera decisiva.

(Se aproxima un poco más á Florin.)
Sé también que os aborrece
el embajador de Hungría,
que es un terrible enemigo...,
y sé lo de la sobrina...

(Acercándose aún más.)
que aquí, para entre nosotros,
es una joven lindísima!

FLORIN.
MARQUÉS.

¡Regular!
Y francamente,
si estáis en contra de Hungría,
el recíproco interés
de nuestra misión me obliga
á deciros:—Caballero,
las circunstancias son críticas...,
conviene aunar nuestro esfuerzo
para vencer enseguida.—
¿Nos unimos?

FLORIN. (Colocando su silla á dos palmos de la del Marqués.)

¡Al instante!

MARQUÉS.

Mi pretensión es sencilla.
No tengo ningún empeño
en que gane la partida
Dinamarca.. Lo que importa
es que no triunfe la Hungría.
¿Podemos, sobre estas bases
que mis planes os indican,
entendernos?

FLORIN.

¿Entendernos?
Eso es lo que yo querría,
pero, amigo... ¡es imposible!
¡No sabéis cuánto daría
por entenderme...!

MARQUÉS.

(Con aire de superioridad.) ¡Comprendido!
¿Es que tiene decidida
el Príncipe su opinión?

FLORIN.

(¿Qué le digo yo?)

MARQUÉS.

(¡Vacila!
¡Es que está todo resuelto!)
Pues... ¡La verdad!... Yo os diría...

FLORIN.

¡Oh!... ¡No os canséis! ¡Comprendido!...

MARQUÉS.

(¡Demonio!) (Asombrado.)

FLORÍN.

Pero ¿podrías
al menos manifestarme
vuestra opinión?

MARQUÉS.

FLORÍN.

¡Cuál!... ¿La mía?
¿Mi opinión? (¡Pues ahí es nada!
No... ¡pero este la adivinal!)
Pues mi opinión..., caballero...
me es muy costoso decirla,

pero siendo vos tan hábil
la supondréis enseguida!

MARQUÉS. Entiendo perfectamente.
FLORÍN. (¡Claro! ¡Lo que yo decía!)

MARQUÉS. (Es muy hábil)

FLORÍN. (¡Ah!... ¡El retrato!
¡Qué sorpresa más bonita
le voy á dar...!) Señor mío,
la manera más sencilla
como puedo demostraros
cuál es mi opinión... ¡la mía!
¡es esta!... Ved el presente
(Entregándole la miniatura.)
con que el Príncipe se digna
honraros. (Pausa.) ¿No me entendéis?

MARQUÉS. ¿Que si os entiendo? (Colérico y en pie.) ¡A fé
[mía
que injuria como ésta, nunca
se hizo á una nación amiga!
Devolvernos el retrato
de este modo, significa
un rompimiento, y mi rey
pasa por la negativa,
pero no ha de tolerar
tan brutal descortesía!
Yo haré saber al Gran Duque
cómo acaban las intrigas. (Vase 1.ª derecha.)

ESCENA VII

FLORÍN, sólo.

FLORÍN. ¡Hé aquí un hombre que aborrece
los retratos!... ¡Nunca he visto
cosa igual! ¡A que resulta
que sin querer le he ofendido?
¡Y yo que me figuraba
que le prestaba un servicio...!
¡Ya estoy en hostilidad
con Dinamarca!... Y ha dicho
que va á contarle al Gran Duque
mis tramas... Pero, Dios mío,
vamos á ver... ¿por qué no
me lo cuentan á mí mismo?
¿Conque tramas? ¿Conque intrigas?
¡El Príncipe! Ahora le digo
que me explique... ¡La Duquesa!
¡Ahora sí que aclaro el lío!

ESCENA VIII

DICHO.—El PRÍNCIPE y la DUQUESA, que salen primera derecha.

(Quedan, de derecha á izquierda, la Duquesa, el Príncipe y Florín.)

PRÍNCIPE. ¡Válgame Dios, qué desdicha!

DUQUESA. ¡Ya ves! ¡Estamos perdidos!

¡Florín!

PRÍNCIPE. ¿Sois vos, desdichado?

FLORÍN. Sí, señor (Con aire de la mayor naturalidad: Florín, como nada sabe, nada teme.)

PRÍNCIPE. ¿No habéis huido?

FLORÍN. No, señor.

PRÍNCIPE. ¿Es que ignoráis que se ha enterado mi tío de todo?

FLORÍN. ¡Dichoso él!

DUQUESA. ¿Y que es terrible el peligro que corremos?

FLORÍN. ¿Que corremos? (Cada vez lo entiende menos.)

PRÍNCIPE. ¡Sí, los tres!

FLORÍN. Pues... por lo mismo yo me quedo.

PRÍNCIPE. ¡Gracias, gracias!

¡Aún tenemos un amigo leal!

DUQUESA. ¡Gracias, caballero!

FLORÍN. ¡No hay de qué!... ¡Si no hay motivo para tanto... (¡Qué simpáticos!

¡Y parece, por lo visto, que también la duquesita está metida en el lío!)

DUQUESA. ¡Ha sido un golpe tremendo!

PRÍNCIPE. ¡Oh!... ¡Demasiado atrevido!

¡Despedirlos á los dos!

¡Transmania corre el peligro de dos guerras!

FLORÍN. ¡De dos guerras!

PRÍNCIPE. ¡Que es el suicidio!

FLORÍN. ¡El suicidio!

DUQUESA. No, Alberto..., tengamos calma. Yo todavía confío.

¿Y qué? ¡Tal vez ha hecho bien!

FLORÍN. ¿Verdad que sí?

(Sin declamar, naturalmente y con rapidez.)

- DUQUESA. Cuando miro las consecuencias terribles de vuestra audacia, el castigo que temo me hace temblar por los trcs, pero me afirmo más en que habéis hecho bien al ver que ello era preciso. Tarde ó temprano debíamos hacer nosotros lo mismo frente á frente, cara á cara y afrontando igual peligro.
- PRÍNCIPE. Puede ser... pero confieso que ello ha sido á pesar mío!
¡Tiene una audacia infernal!
¡Tiene un ingenio inaudito!
¡Yo le dí los dos retratos que tú me habías pedido, y él, en lugar de entregártelos, se los dió á los dos ministros!
- FLORÍN. (¡Atizal... Y ahora resulta que eran para ella... ¡Dios mío!)
- DUQUESA. Sí, sí... Lo comprendo todo.
- FLORÍN. (¡Cuándo diré yo lo mismo!)
- PRÍNCIPE. En fin... Habéis hecho bien, porque á pesar del peligro, siempre nos habéis sacado de un terrible compromiso... De modo, amigo Florín, que os lo agradezco infinito.
¡Oh, Príncipe!
- FLORÍN.
- DUQUESA. ¡Y yo también!
- PRÍNCIPE. Y ahora... será preciso que digamos con franqueza al Gran Duque lo ocurrido... ¿No es verdad?
- FLORÍN. ¡Seguramente!
A mí me importa muchísimo que se aclare todo.
- PRÍNCIPE. ¿Todo?...
- FLORÍN. ¡Claro! ¡Si es lo más sencillo!
Yo estoy por la confesión general.
- DUQUESA. Sí; ya es preciso.
- PRÍNCIPE. Pues bien, querido Florín, vos mismo haréis el servicio de contar punto por punto lo que sucede á mi tío.
- FLORÍN. ¿Yo?... ¿Pero yo? (Estupefacto.)
- PRÍNCIPE. ¡Es natural!
¡Puesto que vos habéis sido

quien ha empezado este asunto
con tanto acierto, os suplico
que lo acabéis de igual modo!
¡Le explicáis lo que ha ocurrido
y le decís, si os parece
oportuno, los motivos
por que no quiero casarme!

FLORÍN. ¿Qué, qué? ¡Cómo! ¿Qué habéis dicho?
DUQUESA. ¡Cuidado! (Indicando que alguien se acerca por la
izquierda.)

PRÍNCIPE. ¡Ni una palabra!

ESCENA IX

Los mismos y NATALIA que sale segunda izquierda.

NATALIA. (Al Príncipe.) ¡Señor! (Al Príncipe y á la Duquesa.)
Con vuestro permiso...

FLORÍN. ¿Qué te pasa?

NATALIA. ¿Qué me pasa?
Que acabo de hablar ahora
con mi tío y que él me manda
á hablar contigo...

FLORÍN. ¡Demonio!

NATALIA. ¡Como plenipotenciaria!

FLORÍN. ¿A tí?

NATALIA. ¡A mí! Y para no errar
diré sus propias palabras.

(La escena es natural y rápida.)

Me ha dicho:—“Florín ha obrado
con tal acierto y tal maña
esta vez, que aunque yo sea
un víctima de sus armas,
esto no me impide hacerle
justicia...”

FLORÍN. ¡Dale las gracias!

NATALIA. ¡Y hasta le perdonaré
el daño que hace á mi causa,
y *hasta le daré tu mano*
si no triunfa Dinamarca!

FLORÍN. ¡Caracoles!

NATALIA. De manera
que ya ves... ¡Que me engañabas!
¡Que estás metido en los líos
diplomáticos..., que basta
ya de enredos y que si
ahora mi tío me manda
que nos casemos, le digo
que á mí no me dá la gana!

- FLORIN. ¡Pero Natalia!...
- DUQUESA. (Cariñosamente.) ¡Hija mía!
- NATALIA. Duquesa... ¡Si es que me engaña!
¿Podréis creer que á mí misma,
á mí, que dice que me ama
lo menos hace seis años, (Cargada de razón.)
ahora mismo me juraba
que de todo lo que ocurre
no sabía una palabra?
- DUQUESA. (¡Qué admirable!) (Con verdadero asombro.)
- PRÍNCIPE. (Contemplando al héroe.) (¡Qué discreto!)
- NATALIA. Pues creedme... ¡Eso no es nada!
Mi tío llegó á ofrecerle
mi mano si confesaba
el objeto verdadero
de su misión diplomática...
¡Ya veis, señora, mi mano!
¡Pues, ni así logró que hablara!
- PRÍNCIPE. ¿Es posible? ¡Oh, generoso
amigo!... ¡Por nuestra causa
cuánto sacrificio! El día
que yo gobierne en Transmania,
vos seréis mi consejero,
mi único amigo. (Entusiasmado.)
- DUQUESA. (Lo mismo.) ¡Y si bastan
mis ruegos para lograrlo,
yo os lo suplico, Natalia...
Perdonadle!
- NATALIA. ¡Concedido...
si no triunfa Dinamarca!
- DUQUESA. ¡Eso... también yo os lo pido!
- PRÍNCIPE. ¡Y yo también si hace falta!
- NATALIA. ¿Verdad que sí?... ¡Y tú bien puedes!
¡Si eso no tiene importancia!
Porque en fin, ¿á él que le importa
que triunfe ó no Dinamarca?
- FLORIN. ¡Vaya, puesto que estáis todos (Como si le
hablaran de cosas de la China.)
conformes... eso me basta!
¡No triunfará! .. Y á propósito,
¿olvidas la contradanza?
¿Cómo?
- DUQUESA. ¡Caballero!
- PRÍNCIPE. ¿Qué?
- FLORIN. ¿Pero en estas circunstancias
pensais en bailes, Florín?...
- DUQUESA. ¿Por qué no? ¿Vamos, Natalia?
- FLORIN. (Natalia se coge de su brazo y va á salir cuando el
Gran Duque, que sale por la segunda derecha, se les
interpone.)

ESCENA X

LOS MISMOS, el GRAN DUQUE y GUARDIAS, que se colocan en la primera derecha, por donde entra en escena aquel.

G. DUQUE. ¡Un momento! (Sin adelantar más que un paso en escena y deteniendo á Florín y Natalia, que se dirijian á la segunda derecha.)

FLORIN. Perdonad:
un asunto de importancia
me obliga...

G. DUQUE. ¿Cuál?

FLORIN. ¡Me es preciso
bailar esta contradanza!

G. DUQUE. ¡Caballero! (A Natalia.) ¡Señorita,
permitidme dos palabras
con vuestra pareja. (Por Florín.) Príncipe,
esperadme en esa sala, (Primera derecha.)
que he de hablaros. Señorita, (A Natalia.)
acompañad á esta dama
al bufet.. Tengo entendido
que el señor Conde os aguarda.

(Luego atraviesa la escena, hacia la izquierda,
mientras los demás salen.)

DUQUESA. (Al pasar, á Florín.) ¡Es el momento terrible!
(Sale con Natalia por la segunda derecha.)

PRÍNCIPE. (Al pasar, á Florín.) ¡Sois nuestra única espe-
[ranza!]

(Vase el Príncipe por la primera derecha.)

ESCENA XI

FLORÍN y el GRAN DUQUE.

FLORIN. (¡No sé por qué me parece
que la situación se agrava!
¡Santo Dios... guardias también!

G. DUQUE. ¡Ay, este señor me escama!)
¡Caballero de Florín,
llegásteis esta mañana
á mi Palacio... y ocurren
aquí cosas tan extrañas
desde entonces, que parece
que el diablo en mis cosas anda!
¡El enviado de Hungría
se duele de vuestra audacia:
se queja el embajador

que me envió Dinamarca,
y yo mismo estoy quejoso
de verme envuelto en las tramas
que urde, por vuestro consejo,
el Príncipe de Transmania!
FLORIN. ¡Por mi consejo!... Señor,
permitidme una palabra...
Los príncipes consideran
que nuestra opinión no es mala
si tenemos el talento
de ser de la suya...!

(Como está azorado, no sabe lo que se dice y tiene este rasgo de ingenio casual.)

G. DUQUE. (Secamente.) ¡Basta!

Yo, lo único que os exijo,
es que mi sobrino haga
esta noche su elección.

FLORIN. ¡Hoy mismo! ¡Pero, sin falta!
¿Su elección? Más... permitidme,
¿qué elección? (Con verdadero deseo de aclarar el Ho.)

G. DUQUE. La que le plazca.

El es libre. Lo que importa
es que yo pueda mañana
publicar oficialmente
quién es y cómo se llama
la elegida .. ¡Que se case
al punto, en una palabra!

FLORIN. ¡Que se case! ¡Estoy perdido!

G. DUQUE. ¿Por qué causa?

FLORIN. ¿Por qué causa?

Porque conozco el criterio
del Príncipe... y por desgracia
sé que aborrece las bodas...
Hace un momento afirmaba
que no quería casarse
y menos que le casaran.

G. DUQUE. ¿Eso ha dicho? Pues lo siento
por vos y por vuestra fama
de hábil y de inteligente
en cuestiones diplomáticas.
El Príncipe estaba ayer
decidido... y pues hoy cambia
su opinión, sólo á vos debo
atribuir la mudanza.

FLORIN. ¡Señor!

G. DUQUE. ¡Silencio! Por tanto
á vos os toca mudarla
otra vez. Quiero que el Príncipe
hoy mismo su elección haga,

que se case con quien quiera,
que ya no me importa nada,
pero que se case al punto
para evitar que Transmania
se vea en hostilidad
con dos potencias aliadas.
¡Quiero dar satisfacciones
á Hungría y á Dinamarca!
Ese es el único medio
de reparar vuestra falta...
Si lo conseguís, muy bien.
Si no... sabed que se pagan
ciertos juegos ¡con la vida! (Hace seña impe-
rativa á los guardias para que salgan; luego, desde
la puerta y volviéndose.)
¡Ay de vos si no se casa!
(Vase primera derecha. Florín se queda como quien
ve visiones y temblando de miedo.)

ESCENA XII

FLORÍN.—A poco la DUQUESA sale segunda derecha.

FLORIN. Me voy... ¡Conque con la vida!...
Me voy... ¡Sí... voy entendiendo!
El tío, que á todo trance
quiere ser casamentero.
El sobrino que no quiere
que le hablen de casamientos.
¡La vida si no se casa,
y él que quiere ser soltero!
¿Cuestión de bodas?... Pues vaya
¡no quiero meterme en eso!

DUQUESA. Florín, ¿qué ocurre?

FLORIN. (Irónicamente.) ¡Excelentes
noticias, señora!

DUQUESA. ¿Es cierto?

FLORIN. Si el Príncipe quiere, todo
puede arreglarse al momento.

DUQUESA. ¿Pues qué os ha dicho?

FLORIN. Esperad
que voy á ver si recuerdo
hasta sus mismas palabras...
Pues ha dicho... "¡Yo no quiero
ganarme por culpa vuestra
la hostilidad de dos reinos!

(Imitando al Gran Duque exageradamente.)

¡Es preciso contestarles!...

¡Es preciso, por lo menos,

- DUQUESA. que no se ofenda á ninguno!...
¡Ya! ¡Lo difícil es eso!
- FLORÍN. Escuchad... No he concluído...
“...Y os exijo para ello
que hoy mismo, esta misma noche,
no esté el Príncipe soltero...
¡Que se case con quien quiera
pero que se case!...”
- DUQUESA. (Con vivísimo interés.) ¿Es cierto?
FLORÍN. Sí, señora. (Algo asustado del efecto que sus pa-
labras han producido.)
- DUQUESA. ¿Habéis logrado
que llegara hasta ese extremo? (Con la ma-
yor alegría y la sorpresa natural.)
- FLORÍN. Si señora. ¡Y sin trabajo!
No he hecho el menor esfuerzo
por lograrlo. (Convencido.)
- DUQUESA. (Con asombro.) ¡Qué modestia!
¡Gracias, gracias, caballero!
¡Os lo debo todo!... ¡todo!...
Y ahora, Florín,... ¿qué consejo
me dais?... ¿Verdad que conviene
que no perdamos momento?
¿Que el Príncipe se decida
á hablar claro?
- FLORÍN. ¡Ya lo creo!
- DUQUESA. ¿Y yo no?
- FLORÍN. ¿Vos? (Cada vez más sorprendido.)
- DUQUESA. ¿No podría
yo misma hablar en secreto
con el Duque y confesarle
que lo que él quiere es un hecho?
- FLORÍN. Bien . . . ¡Si aquí lo que hace falta
es precisamente eso!
¡Que hablemos con claridad
á ver si nos entendemos!
- DUQUESA. Pues bien... Esperadme aquí.
Seguiré vuestro consejo...
Y vos... no os mezcléis ya en nada.
- FLORÍN. ¡Eso es lo que más deseo!
- DUQUESA. Pero de todas maneras
ya sé, Florín, que os lo debo
todo... (Vase primera derecha.)

ESCENA XIII

FLORÍN.

¡Me voy, porque noto
que me va entrando ya un miedo!...
Ésta:—“¡Gracias, me salvais!,,

(Imitando la voz de cada personaje.)
Aquel:—“¡Señor, qué talento!”
El uno:—“¡Obráis como un torpe!”
El otro:—“¡Sois muy discreto!”
—“¡Que no triunfe Dinamarca!”
—“¡Si triunfa Hungría os desuello!”
—“¡Si no se casa, temblad!”
—“¡Temblad si no soy soltero!”
—“¡Sois muy leal!”—“¡Sois muy falso!”
—“Sois un bruto!”—“¡Sois un genio!”
Y yo... ¡ya estoy convencido
de que soy un majadero!

ESCENA XIV

FLORÍN.—El MARQUÉS DE SALVAK, que sale 1.^a derecha.

MARQUÉS. Señor Florín... ¡Oh! ¡Mil gracias!
(Florín retrocede, al verlo llegar, algo inquieto.)
¡Sois un coloso! ¡Un portento!
Salgo de ver al Gran Duque
y he sabido que habéis hecho
cuanto os pedí... ¡Muchas gracias!

(Tendiéndole la mano.)

FLORÍN. Si yo... Si no...
MARQUÉS. ¡Mi deseo

de que no triunfe la Hungría
habéis cumplido y os ruego
que aceptéis las distinciones
que pediré á mi Gobierno
para vos! ¡Gracias, amigo!

FLORÍN. (¡Ahora sí que la hemos hecho!
¡Ha triunfado Dinamarca!)

ESCENA XV

LOS MISMOS.—El CONDE y NATALIA, que salen por la
primera derecha.

CONDE (Al Marqués y separando á Florín.)
¡Con permiso, caballero!
¡Florín... mi sobrina es vuestra!

FLORÍN. ¡Cómo!

CONDE. ¡Admirable! ¡Soberbio!
¡Os lo agradezco en el alma!
¡Con qué tino, con qué acierto
habéis alcanzado al fin
que no triunfara aquel necio!

¡Ya no triunfa Dinamarca!
¡Me descubro ante el ingenio
superior, que ha conseguido
con su habilidad vencernos!

FLORIN.
CONDE.

¡Yo!
¡Vos!... Y decidme ahora
si no hace falta talento
para llevar un negocio
de Estado cual lo habéis hecho.

FLORIN.
CONDE

¡Vaya que sí!
Sobrinita,
¡te ha ganado con su mérito!

FLORIN.

¿Pero es que ha triunfado Hungría?

(Aparte á Natalia.)

NATALIA.
FLORIN.

¡No, hombre, no!
Pues, no lo entiendo.
¡Señor, quién habrá vencido
que los dos están contentos!

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS.—El GRAN DUQUE, el PRÍNCIPE y la DUQUESA,
todos por la primera derecha.

PRÍNCIPE. Florín.. vos me habéis salvado. (Medio apa.)
DUQUESA. Florín .. mi ventura os debo. (Idem al pasar.)
G. DUQUE.

¡Acercaos!... ¡Os perdono
y además os lo agradezco!
Gracias á vuestra intriguilla,
los ministros extranjeros
en vez de estar ofendidos
se me muestran satisfechos...
Habéis salido muy bien
del apuro, caballero.
¡Oh!... ¡No me habéis engañado
sin embargo por completo!
¡Con qué naturalidad
me relatábais aquello
de los trajes!... ¡Vaya, vaya!
¡Sois un cómico soberbio!
Y ahora, para demostraros
la estimación en que os tengo,
si el emperador de Francia
no os reclama, que estéis quiero
á mi lado, donde faltan
vuestras luces y talentos.

PRÍNCIPE.
FLORIN.
MARQUÉS.

¡Sí, á nuestro lado!
(Confundido por tanta lisonja.) ¡Señores!
(Medio aparte á Florín.)

Escuchadme, caballero.
¿Haréis el favor de darme
una nota de los hechos
para mis memorias?

FLORIN. (Con el mayor susto.) ¡Cómo!
MARQUÉS. Sí... Los datos más secretos
y el plan con que habeis llevado
la negociación... Deseo
dar cuenta exacta de todo
lo ocurrido á mi Gobierno.

FLORIN. Pues sí... ¡Mañana!... ¡Mañana!
Conque... ¿los datos secretos?...
¡Mañana!

G. DUQUE. ¡Vaya, señores,
al salón!... Tan sólo os ruego
que guardéis por esta noche
el más profundo silencio
sobre este importante asunto!
Con vuestro permiso quiero (A Florin.)
que se publique mañana
detalladamente el hecho
en la Gaceta Oficial,
para que sepa mi reino
vuestro singular valer,
y la boda... al propio tiempo! (Señalando al
Príncipe.)

FLORIN. ¿En la Gaceta? ¿Mañana?
Pues bien, mañana veremos.
¡Al fin el día llegó!
¡Al fin sabré lo que valgo
por mi hazaña colosal!
(Al público, en serio.)
¡Cuántos, cuántos como yo
se enteran de que son algo
por la Gaceta Oficial!

TELÓN

— NOTA —

Todos los trajes de la obra deben ser los del primer imperio francés, casi idénticos á los del Directorio («La hija de Madame Angot» en el segundo y tercer actos).

El *Gran Duque* y el *Príncipe* de uniforme de la época, iguales y con bandas y otras condecoraciones. En el 2.º cuadro el *Príncipe* y en el 3.º éste, el *Gran Duque* y demás personajes, deben vestir sobre su traje el abrigo de la época.

Natalia en el 1.º y 2.º cuadro y la *Duquesa de Valais* en el 2.º, traje distinto del que han de llevar en el 4.º, que habrá de ser precisamente el de corte. (Túnica abierta, peinado á la griega, zapato con galgas imitando la sandalia, etc.)

Los dos embajadores trajes de época con banda y cruces.

Florin uniforme de ayudante ó traje de los elegantes de la época.

El coro de señoras, vestido de corte, como el que se indica para *Natalia* y la *Duquesa*.

El de caballeros, la mitad de uniformes variados y la otra mitad de frac, como los embajadores; algunos con banda.

Los autores de LA CORTE DE TRANSMANIA se complacen haciendo público en esta última página del libro su sincero reconocimiento á los excelentes artistas que bajo la dirección del veterano y concienzudo actor D. José Talavera han estrenado la obra: á este celebrado maestro de la escena; á la primera tiple Sra. Cháfer, que puso á contribución sus excepcionales facultades; al Sr. González, que con su éxito personal acrecentó el de LA CORTE; á las señoritas Peris y Viñé, que aportaron el encanto de la hermosura juvenil y el prestigio de su indiscutible talento artístico; á nuestro querido paisano Paco Tomás, viva demostración de que no es la maestría patrimonio de los viejos; al siempre aplaudido actor Sr. Hidalgo, que en esta como en todas las obras que interpreta evidencia su fecundidad de recursos y su inagotable habilidad técnica; al estudioso y popular Lorente;... á todos debemos una gratitud que públicamente queremos reconocer y en toda ocasión recordar.

J. B. P.

A. S.

PRECIO: UNA PESETA